

## Capítulo 5

### Presentación de *Historia y teoría económica* de Edward J. Nell (editorial Crítica) (1984)

Los estudios de Edward J. Nell recogidos en este libro [y seleccionados por Ll. Argemí] presentan dos rasgos destacados, un *enfoque*, basado en las categorías de “reproducción” y “excedente”, y un *objeto*, la historia económica, en cuyo ámbito debe ser puesto a prueba tal enfoque para poder evaluar su capacidad explicativa y, por consiguiente, su pertinencia científica. El propósito de Nell es abrir las vías hacia un análisis nuevo y preciso, rompiendo con la tradición económica neoclásica y proponiendo esquemas explicativos apoyados en conceptualizaciones rigurosas. La tarea dista mucho de estar concluida, pero los resultados parciales aparecen como altamente prometedores.

La publicación de estos trabajos tiene como objetivo ofrecer un punto de referencia para la reflexión y discusión sobre los marcos conceptuales de carácter económico con los que inevitablemente deben operar los historiadores. La colección de artículos presentados en este volumen constituye un excelente mirador para asomarse a las relaciones entre teoría económica e historia, y para ver en acción las posibilidades de un enfoque alternativo. Ahora bien, para una cabal comprensión de las aportaciones de Nell, hacen falta unas consideraciones

introdutorias que sitúen sus análisis en el contexto en el que cobran vida y alcanzan claro sentido. Para lograr dicha meta abordaremos en esta presentación tres grandes bloques temáticos, para pasar luego a la escueta descripción de los trabajos de Nell [Dicha descripción ha sido eliminada por quedar fuera de lugar en esta recopilación de “crónicas sraffianas”]. En la presente versión, algo mondada, nos ocuparemos, pues, sucesivamente de las relaciones entre historia y teoría económica, de las diferencias entre las dos grandes visiones económicas que operan como esquemas teóricos básicos, y de las conexiones entre maquetas, modelos y teorías.

## **1. Historia y teoría económica**

No existen todavía relaciones ejemplares entre la historiografía y la economía política. La importancia y la utilidad de la teoría económica han sido de poca monta para la historia en general, y de eficacia limitada para la historia económica en particular. Lo cual constituye un indicio fehaciente de la inmadurez científica de ambas disciplinas. Pues aunque buena parte de la teoría económica al uso constituye un cuerpo de conocimientos con alto nivel formal, no ayuda mucho «a entender qué es lo que realmente pasó, está pasando o debería pasar» (Kalecki [1970], p. 311). O, como ha manifestado uno de los economistas matemáticos más sobresalientes, “la teoría económica matemática se ha convertido en algo cada vez más abstracto, aguado y estéril” (Morishima [1981]; p. XI). No es de extrañar, por tanto, que sean escasos en dicho ámbito los procesos de fecundación cruzada y que los pocos especímenes generados sean a menudo híbridos infecundos.

Como recalca Nell, una sociedad es un sistema demasiado complejo para ser representado como totalidad. De ahí se sigue que siempre habrá necesidad de eliminar o pasar por alto los rasgos juzgados accidentales o secundarios. Sin duda es perfectamente legítimo, y con frecuencia esclarecedor, el estudio de rasgos particulares o propiedades locales. Pero conviene hacer

hincapié en que no se hallan en pie de igualdad todas las actividades reales de cualquier sistema efectivo. Establecer una jerarquía adecuada es tarea difícil cuyos resultados deben ser mirados como provisionales y discutibles. Pero no parece aventurado apuntar que las actividades esenciales *«son aquellas sin las que una sociedad no puede perdurar, y tales actividades se relacionan en primer lugar con el suministro a la población de bienes de subsistencia, instrumentos y adiestramiento socialmente necesario y, en segundo lugar, con el mantenimiento del orden y el reforzamiento de las reglas de conducta»* (Nell [1984], p: 66). Esta caracterización es un tanto vaga, pero suficiente como primera aproximación.

En definitiva, para captar la lógica de los procesos históricos es necesario descubrir la trama de estructuras subyacentes a través de las cuales actúan los hombres, se asocian y combaten, producen y reproducen su vida social modificándose a sí mismos y a la misma estructura relacional en que se hallan inmersos. En fin, es una perogrullada afirmar que para entender cualquier proceso histórico se necesita un adecuado sistema de análisis, uno o varios esquemas explicativos, un entramado conceptual sistemático. Pero tal vez no sea ocioso repetir la consigna otra vez.

Desde un punto de vista predominantemente económico, los primeros esfuerzos dignos de consideración se propusieron la ambiciosa tarea de representar idealmente la realidad histórica de forma global e interdependiente, usando instrumentos analíticos poco refinados. La categoría de “modo de producción” constituyó, a ese respecto, el logro más destacado y prometedor, al articular coherentemente propiedades a primera vista muy alejadas. Sin embargo, hoy en día, más conscientes de la abundancia y complejidad de las relaciones concretas, hay una fuerte tendencia orientada hacia el examen independiente de las dimensiones funcionalmente separables, dado que pueden ser

estudiadas de forma pormenorizada, lo que a veces desemboca en una estructura simplificada y exacta.

Conviene subrayar, no obstante, que no se trata de alternativas contradictorias, sino de vías de aproximación distintas y compatibles, dirigidas a conseguir resultados semejantes. La oposición entre ambos enfoques se sitúa en un nivel pragmático, o de eficacia productiva. Lo deseable sería una tensión entre las dos aproximaciones que diera pie a una prolongada emulación pacífica. Así, las generalizaciones vagas y las visiones parciales se controlarían recíprocamente, con lo que se ganaría en sistematicidad y precisión.

Hechas estas puntualizaciones resulta palmario que la aproximación económica a la historia es solamente un elemento para el estudio de la sociedad; pero que se trata de un elemento indispensable.

En efecto, cualquier sistema o subsistema social se presenta como una conjunción de hombres y artefactos en un medio determinado, entre todos los cuales existen relaciones de muy diversa índole. Forman, ciertamente, una unidad estructural; pero no se sigue de ello necesariamente que los diferentes componentes y relaciones se hallen vertebrados así de forma necesaria, con todos los elementos constitutivos en pie de igualdad. Muchos de ellos son contingentes e incluso es probable que exista algún grado de jerarquía entre aquellos que juegan un papel destacado. De no aceptarse esta proposición, nos veríamos obligados a afirmar que cada vez que nace o muere una persona, cuando quiebra una empresa, desaparece un ritual, entra en erupción un volcán o surge un nuevo virus, se produce un cambio de sistema. Ahora bien, aun cuando alguien aceptara hipotéticamente estas derivaciones y sostuviera el punto de vista exageradamente “holista” que acabamos de presentar, ni siquiera entonces podría negar legalidad a la separación especulativa de rasgos y propiedades del sistema. Pues siempre es posible aislar

conceptualmente parte de los elementos y relaciones que constituyen una totalidad. De ahí que sea factible estudiar las formas pictóricas o las modalidades de transmisión patrimonial, las técnicas de los suicidas o los ritos funerarios, al margen del contexto en que tienen lugar tales actividades o procesos.

La legitimidad epistemológica es, con todo, algo más exigente. No basta con que una operación conceptual sea legal, debe ser fructífera en algún respecto. Tiene que desembocar en el descubrimiento de leyes, para utilizar una expresión fuerte, o en la formulación de hipótesis explicativas, si uno prefiere ser prudente. En cualquier caso, la legitimidad debe ser probada con **resultados**, llámense teoremas, leyes o hipótesis fundadas.

La historiografía, no obstante, se debatirá siempre entre dos polos: la aproximación “idiográfica” y la aproximación “teórica”, esto es, Los “hechos sin teoría” y la “teoría sin hechos”, dicho sea de forma simplista. En realidad, sin embargo, tal oposición es en buena medida ficticia, por cuanto los hechos recogidos han sido siempre previamente filtrados por hipótesis implícitas y, por otro lado, cualquier teoría ha de poder ser contrastada para merecer algún respeto. Porque no se trata nunca de operaciones sencillas que puedan bautizarse metafóricamente como «contar» (Genovese), «escuchar» (Thompson), ni «leer» (Althusser) el pasado. La materia histórica adquiere tal especificidad al ser seleccionada y colocada dentro de moldes –a veces inapropiados y siempre imperfectos– sin los cuales no existe más que mezcolanza confusa e inasible. En breve: los hechos son siempre evaluados a la luz del esquema teórico que se utiliza para analizar un segmento de la realidad. Tampoco hay teoría válida capaz de sostenerse por ella sola: sería como levitar tirando uno mismo de sus propias orejas.

Las economías reales son, en fin de cuenta, objetos tan intrincados que logran esquivar cualquier análisis completamente satisfactorio. Ello es debido, al menos, a dos razones. En primer

lugar, la actividad económica no constituye una actividad separada de la acción humana, sino que se halla imbricada con dimensiones sociales, políticas, culturales, y apoyada y mediatizada por propiedades biológicas, químicas y físicas. Nótese, como botón de muestra, que las complejidades de las motivaciones, conductas y funciones de respuesta emergen con ímpetu tan pronto como uno no se conforma con una explicación estandarizada y quiere describir de forma minuciosa las mediaciones situadas en el plano psicosocial. En segundo lugar, aun suponiendo que la actividad económica sea separable, la trama de las relaciones económicas puede llegar a ser tan sumamente complicada que cualquier representación será siempre selectiva y simplista. En resolución: la contrastación, predicción y acción sobre la base de una teoría serán por lo común poco concluyentes.

Estas consideraciones preliminares son importantes. Por lo tanto conviene clarificar algunas de las consecuencias que de ellas se derivan. Desde luego es implausible que alguien niegue la existencia de múltiples conexiones entre procesos económicos y sociales. En verdad lo que está en discusión no es la «independencia», sino el grado de autonomía del nivel económico. Y no sólo por parte de los historiadores. Existe desde antiguo una corriente de pensamiento entre los economistas que subraya las interconexiones y que en virtud de tal supuesto rechaza la existencia de “*leyes económicas*”.

Sin embargo, cabe aducir argumentos bien consistentes en pos de la autonomía de lo económico. En mi opinión dicha autonomía se puede apoyar en consideraciones de dos tipos. Primero, la posibilidad de «separar» conceptualmente lo económico de las restantes manifestaciones de la vida social, de forma análoga a como un neurólogo separa conceptualmente el sistema nervioso de un animal, aunque sea inseparable fácticamente. No es un problema de cirugía y bisturíes, sino de abstracción y de función diferenciada. Debería ser obvio, a estas alturas, que la separación

conceptual es una operación incruenta, que no produce trauma alguno y que casi nunca es rechazable desde un punto de vista lógico-formal. Cuestión totalmente distinta es la pertinencia científica de determinadas separaciones conceptuales, según hemos vislumbrado más arriba. En suma, negar dicha separabilidad obliga a refutar una parte sólidamente establecida de la teoría de conjuntos, o bien a sostener que no existe una sola ley económica genuina.

Desde un punto de vista globalizador (u “holista”) los sistemas sociales reales son «*especies*» únicas con trayectorias singulares. Desde un punto de vista analítico que recalque los componentes y las relaciones, dichos sistemas presentarán rasgos comunes, o semejanzas y diferencias sectoriales, o tendencias dinámicas acaso parecidas. Esta caracterización intuitiva, pero argumentable, apunta hacia vías explicativas de tenor reproductivo más que hacia esfuerzos de sistematización jerárquica. En otras palabras, el estudio de los “**modos de producción**”, parece menos prometedor que el estudio de los hipotéticos elementos y relaciones simples, que han ido emergiendo (y a veces extinguiéndose) con el devenir histórico, y que se presentan en la realidad totalmente entremezclados.

Sólo en situaciones límite la realidad histórica suministra indicios claros de la existencia subyacente de estos elementos simples hipotéticos, por lo que los historiadores pueden sentir cierto desasosiego y desconfianza ante los esfuerzos de economistas, sociólogos y politólogos para descubrir componentes moleculares, generalmente enmascarados y distorsionados, en una realidad compacta. Sin duda están fundados los temores a ser enredados con “*flogistos*”, “*éteres*”, “*fuerzas vitales*”, “*complejos de Edipo*”, “*preferencias instintivas*”, “*probabilidades subjetivas*”; pero ello no empece que sólo se alcanzarán soluciones (provisionales) por la vía indicada.

En fin de cuenta, desde la óptica aquí adoptada cualquier sistema social debería ser examinado como un combinado más o menos singular de componentes simples y de una trama de relaciones entre ellos. Vale subrayar que es verosímil que los elementos primarios sean en número limitado, aunque los compuestos puedan ser muy numerosos y aun incontables, caso de que puedan existir mixturas en proporciones variables sobre un continuo. Y la tesis básica que deseamos proponer es la siguiente: ***cualquier sistema social real constituye una estructura dotada de factores de estabilidad y de cambio.*** Todo sistema real es un caso único y singular, pero existen elementos y relaciones en número finito que pueden ser conceptualmente aislados. Dentro de los sistemas reales operan subsistemas económicos racionalmente separables. La explicación global requiere que las totalidades sean recreadas idealmente a partir de componentes cuyo estudio aislado es posible en los «*talleres conceptuales*» o mediante “*experimentos mentales*” merced al poder de las aproximaciones analíticas y reductoras. Por añadidura, la aspiración de un conocimiento global no tiene por qué ser abandonada, aun cuando se opte por esa vía analítica, pues existen propiedades sistémicas que no se derivan directamente de los componentes simples aunque se apoyen sobre ellos. Y, por otro lado, los componentes juzgados elementales tampoco son con certeza primarios e indivisibles.

La teoría económica (o economía política) estudia un segmento o nivel de la realidad humana con el objetivo de descubrir regularidades y leyes, esto es, relaciones precisas entre variables seleccionadas y dotadas de generalidad en algún grado. Al no disponer de artefactos de laboratorio ni de reactivos químicos, los utensilios básicos del economista serán la abstracción y la corrección formal. Pero la lógica no nos dice lo que hay que creer, aunque ayude a detectar errores y evitar hipocresías; y la abstracción incontrolada puede generar casi cualquier cosa. Ahora bien, toda ciencia fáctica pretende hablar de la realidad y, por consiguiente, precisa de contrastaciones que



convaliden, al menos hasta nuevo aviso, las hipótesis teóricas. Y el único observatorio de gran espectro de que disponemos es la historia económica, que constituye la principal vía de contrastación para las teorías económicas. No es gratuito subrayar que esas contrastaciones no son nunca cruciales, pero sirven para detectar anomalías, descubrir factores ignorados o silenciados, llamar la atención sobre interdependencias en un marco más vasto.

Sin duda el estado de subdesarrollo en que se encuentra la teoría económica hace que el programa esbozado sea más una expresión de buenos deseos que una realidad palpable. La escasa contrastación histórica merece ser recalcada por los perniciosos efectos que comporta; a saber, la ausencia de procedimientos rápidos y convincentes para retirar de la circulación entelequias insostenibles, lo cual desemboca a veces en una reproducción cultural de doctrinas irrefutables de cariz teológico. En parte esta situación se deriva del extremado nivel de abstracción en el que se colocan las teorías primordiales, pero también se debe a la inescrutabilidad de ciertos supuestos. Estos pueden entonces ser conservados precisamente gracias a la ausencia de posibilidades de contrastación. También ocurre que la falta de preparación lógico-matemática de los historiadores les coloca en una situación de inferioridad desde la que les resulta difícil distinguir entre réplicas decisivas y casuística secundaria.

A pesar de todo se han producido intentos para encajar ciertas generalizaciones históricas en una matriz teórica específica. Esta maniobra comporta riesgos patentes, pero constituye una de las escasas maneras de poner a prueba las teorías de amplio espectro. Ciertamente a veces se fuerzan los datos para conseguir el ajuste a cualquier precio; pero incluso así puede justificarse la operación, si ayuda a sacar a la luz propiedades que desde otras ópticas y tradiciones intelectuales quedaban oscurecidas. En otros casos, el resultado más interesante viene dado por la detección de anomalías e insuficiencias de la trama teórica con lo que se

facilita la revisión y corrección de los fundamentos adoptados; la situación simétrica conduce a la detección de singularidades históricas que requieren explicaciones específicas.

Hay que advertir, como última consideración, que los casos favorables no implican la legitimación automática de la teoría utilizada como matriz. Ya que incluso si la adecuación es presuntamente satisfactoria, cabe conseguir tal vez un mejor ajuste por medio de matrices rivales. En cualquier caso, con todo, la comparación de representaciones obtenidas a partir de matrices distintas tendrá la virtud de poner de manifiesto los lados fuertes y débiles de cada una de ellas.

## **2. Teorías económicas primordiales**

Existen hoy en día dos grandes enfoques rivales en teoría económica, que pueden ser descritos sintéticamente como “*reproducción-excedente*” y “*oferta-demanda*”, atendiendo estas denominaciones al pilar explicativo básico sobre el que se construyen los respectivos armazones conceptuales. El primero tiene como antepasados a los economistas clásicos y a Marx. Y, tras sufrir un proceso agudo de ostracismo, encapsulamiento dogmático y degeneración, ha resurgido con fuerza a partir de las décadas de los sesenta y setenta con etiquetas tales como “neorricardianismo”, “neomarxismo”, “postkeynesianismo”, “sraffianismo” e incluso “economía moderna”.

El segundo enfoque arranca fundamentalmente de la contrarrevolución marginalista surgida a partir de 1870, alcanza la hegemonía poco después, la conserva durante un siglo y aún es dominante en la enseñanza académica en el mundo occidental. Se presenta actualmente bajo dos versiones, una versión altamente compleja y formalizada para uso interno, y una versión vulgar apologética para uso externo.

Los constituyentes básicos para el enfoque «oferta-demanda» son los consumidores y las empresas, caracterizados respectivamente por funciones de utilidad (u orden de preferencias) y funciones de producción. El mercado ideal es el lugar de encuentro y el mecanismo estabilizador. El objeto principal de esta teoría consiste en hallar las consecuencias del comportamiento supuestamente optimizador de los agentes económicos sometidos a circunstancias que se consideran dadas. El tipo de teoremas económicos que parecen alborozar notablemente a los cultivadores de este enfoque son del estilo:

*Dado un sistema de precios  $p$ , decimos que un estado realizable es un equilibrio relativo a  $p$  si ningún consumidor puede satisfacer mejor sus preferencias sin aumentar su gasto, y si ningún productor puede aumentar su beneficio ... Si un estado realizable de una economía es un equilibrio relativo a un sistema de precios, entonces ese estado es un óptimo. ... Si un estado realizable de una economía es un óptimo, existe un sistema de precios con respecto al cual ese estado es un equilibrio (Debreu [1973], p. 115).*

Y la interpretación de dichos resultados resulta cuando menos sorprendente: “*Estos dos teoremas esenciales de la teoría del valor explican [!?] el papel de los precios en una economía*” (Debreu, *ibidem*).

Básicamente se trata, pues, de un análisis abstracto de los intercambios y de las interdependencias que a través de ellos se anudan en el mercado. El primer gran inconveniente de dicho enfoque es que carece de pertinencia para abordar los problemas de las economías pre y poscapitalistas, por lo que su grado de generalidad es irremisiblemente limitado. Más grave resulta, con todo, que ni siquiera en el ámbito acotado temporal e institucionalmente suministre dicho enfoque una visión satisfactoria de la realidad histórica ni del presente: o sea, que no

disponemos de un buen modelo para el estudio del funcionamiento (ya sea armónico ya sea averiado) del capitalismo actual.

Aunque se pueden blandir muchas objeciones de detalle con relación a los supuestos utilizados para alcanzar los teoremas, la raíz de esta garrafal incapacidad explicativa estriba en que la mayor parte de problemas inherentes a la dimensión temporal de los fenómenos económicos es escamoteada, hasta tal punto que resulta imposible reinjertar esa dimensión en los esquemas teóricos sin que sufran una brutal conmoción. En concreto, pues, las diferencias entre los dos enfoques quedan bien coloreadas y contrastadas atendiendo al modo en que en ellas opera la temporalidad.

En la visión reproductiva el tiempo está presente desde el mismo comienzo, aunque se esterilicen las complicaciones derivadas de esa dimensión mediante el supuesto simplificador de *estado estacionario*. En cambio, en la visión de oferta y demanda el tiempo ha sido extirpado de tal modo que los intentos de reinsertarlo provocan enormes complicaciones analíticas, o exigen supuestos absurdos, para los que no estén bien adoctrinados; por ejemplo, conocimiento de las funciones de utilidad de nuestros tataranietos:

*Este conjunto de funciones de utilidad incluye, no sólo a los individuos vivos en el momento en que se realiza el cálculo, sino también a todos los miembros de las generaciones aún por nacer, cuyos intereses deben ser considerados simétricamente con los de nuestros contemporáneos, en un análisis completo de optimalidad paretiana (Baumol & Oates [1982], p. 68).*

Para ilustrar las distintas consecuencias que acarrea la adopción de uno u otro enfoque, podemos echar mano de un concepto destacado, la *escasez*, y observar cómo se configura

desde ambos puntos de vista. En la teoría neoclásica la escasez es, esencialmente, atemporal y se presenta como una relación entre producción (o dotaciones) y apetencias de los consumidores (supuestamente insaciables). Por el contrario, desde una óptica reproductiva, los bienes no *son* escasos, dado que las economías existen a través del tiempo, requieren el reemplazo sostenido de las bases materiales de la producción y la mayoría de los bienes son reproducibles. O sea que pueden *estar* escasos, con referencia a un nivel normal más o menos adecuadamente percibido. Todo eso, por tanto, recalca que la escasez es una propiedad temporal y contextual.

En definitiva, según Nell, el esquema neoclásico de una economía de mercado, *“no es una representación de cómo funcionaría un sistema económico bajo condiciones ideales, ya que malrepresenta fundamentalmente la relación entre distribución e intercambio, sea o no el caso de que hayan ‘condiciones ideales’”* (Nell [1983], p. 20).

En contraste con ello, el enfoque *“reproducción-excedente”* contempla la actividad económica en tanto que una serie o sucesión de períodos de producción, distribución y consumo regidos en notable medida por la imperativa obligación de posibilitar ulteriores períodos de actividad. Estos ciclos reproductivos se enmarcan dentro de ciclos físicos y biológicos del mismo cariz y son eventualmente capaces de generar excedentes periódicos. Los distintos momentos de la actividad económica (producción, distribución, consumo) no pueden desconectarse del conjunto y deben ser incrustados en el marco más amplio de la reproducción, aunque muestren aspectos y características específicas merecedoras de consideración diferenciada. Dicha visión hace hincapié en la interdependencia de la producción y en el papel de las pautas distributivas, de forma que muchas variables económicas son determinables sin tener que echar mano de hipótesis poco fundadas referentes a gustos, preferencias o posibilidades técnicas, subrayándose en cambio el

papel de la propiedad y el diferente lugar que ocupan los miembros de las distintas clases sociales.

El juicio de Nell es categórico: *“El nuevo paradigma ... es claramente más realista, sociológicamente hablando, y es capaz de tratar cuestiones tales como las relativas al ingreso, a la propiedad y a las clases sociales, que el otro tiende a sumergir en el olvido”* (Nell [1983], p. 27).

Pero antes de proseguir con afirmaciones genéricas, quizá sea conveniente presentar los rasgos peculiares de dicho paradigma con una ilustración elemental. Por añadidura, dado que los modelos que Nell utiliza en este libro pueden resultar arduos para los historiadores, tal vez un ejemplo numérico sencillo permita poner de manifiesto la estructura conceptual adoptada en el enfoque sraffiano (o en los modelos lineales de producción).

Imaginemos un minúsculo sistema económico sin excedente en el que sólo se producen dos bienes (arroz y conejos), con el mismo período de producción (un año). Supongamos además que la actividad económica se repite año tras año según la siguiente tabla de transformaciones (el arroz se mide en quintales, los conejos por docenas y la fuerza de trabajo normal en personas/año):

$$\begin{array}{l} 100 A (+) \qquad \qquad 75 FT \longrightarrow 750 A \\ 450 A (+) 150 C (+) 25 FT \longrightarrow 250 C \end{array}$$

Si el consumo anual de cada familia trabajadora es de dos quintales de arroz y una docena de conejos, la tabla precedente puede sustituirse por la siguiente:

$$\begin{array}{l} 100 A (+) \qquad \qquad (150 A (+) 75 C) \longrightarrow 750 A \\ 450 A (+) 150 C (+) (50 A (+) 25 C) \longrightarrow 250 C \end{array}$$

Bajo los supuestos anteriores nada se añade en términos agregados a las disponibilidades de la comunidad. En total se utilizan 750  $A$  y 250  $C$ , y se obtienen cada año las mismas cantidades, de forma que el sistema puede reproducirse período tras período con la misma estructura.

El rasgo a destacar es que bajo tales condiciones es posible determinar unos precios nocionales o relación de cambio teórica entre  $A$  y  $C$ , con independencia de que exista o no mercado. Se obtiene ese resultado simplemente situándose en el campo homogéneo de la valoración económica que permite convertir las precedentes líneas de producción descriptivas en ecuaciones matemáticas con contenido económico, o sea:

$$\begin{aligned}250 p_1 + 75 p_2 &= 750 p_1 \\500 p_1 + 175 p_2 &= 250 p_2\end{aligned}$$

La solución de este sistema es  $20 p_1 = 3 p_2$  ó  $p_1/ p_2 = 3/20$  ó  $\mathbf{p} = m (p_1, p_2) = m (3, 20)$ , siendo  $m$  un número positivo arbitrario. Nótese, de paso, que el valor económico aparece aquí claramente como una propiedad relacional de ciertas cosas en ciertos contextos, y no una propiedad intrínseca o absoluta.

La importante conclusión que se desprende de estos resultados (que pueden generalizarse fácilmente al caso de  $n$  bienes) es que en economías sin excedente los valores son únicos y surgen directamente de los métodos de producción y de consumo productivo.

La situación se altera notoriamente, sin embargo, en caso de que exista un excedente. Supongamos, por ejemplo, que el sistema a estudiar sea el siguiente:

$$250 A (+) 75 C \longrightarrow 1000 A$$

$$500 A (+) 175 C \longrightarrow 250 C$$

En términos globales tenemos ahora un excedente de 250 A. Intentemos repetir ahora esa operación conceptual de homogeneización económica:

$$250 p_1 + 75 p_2 = 1000 p_1$$

$$500 p_1 + 175 p_2 = 250 p_2$$

Sumando las ecuaciones miembro a miembro y simplificando se comprueba inmediatamente que nos hemos metido en un callejón sin salida, pues se llega al absurdo de que (si  $p_1 \neq 0$ )  $750 = 1000$ . La contradicción surge del hecho de que desde el punto de vista formal el excedente debe imputarse a alguien. Una mirada superficial sobre los datos puede inducir a pensar que el excedente en cuestión es imputable al primer sector, y efectivamente eso es lo que ocurre si aplicamos los precios obtenidos más arriba. También es posible, con todo, asignar dicho excedente al segundo sector, resultado que se alcanza imponiendo la relación de cambio  $3 p_1 = p_2$  (obtenida a partir de la primera ecuación del sistema incompatible). De lo que acabamos de ver se desprende que el excedente económico no es una propiedad de las industrias o sectores tomados individualmente, sino del sistema en su conjunto.

Más aún, lo que acaba de demostrarse es que en economías con excedente, los precios no son variables primordialmente técnicas, sino que incorporan de alguna forma condiciones distributivas. Evidentemente, los precios no pueden tomar cualquier valor, pero los requerimientos reproductivos del sistema fijan un campo de variabilidad notable. En el sencillo caso analizado, adoptando  $p_1$  como numerario,  $p_2$  tiene un dominio de variación comprendido entre 6,66 y 10. El extremo inferior corresponde al caso en que todo el excedente va a parar al primer sector; el superior lo



atribuye íntegramente al segundo sector. Para cualquier valor intermedio los dos sectores reciben una parte mayor o menor del excedente.

En suma, para representar el sistema económico como un sistema formal habrá que introducir las *variables distributivas* pertinentes (tasa de beneficios, rentas feudales, diezmos, grado de monopolio, impuestos, salarios, etc.) que de veras operen en el régimen económico que se examina. Desde luego, los distintos conflictos en torno a la distribución del excedente pueden tener como arena destacada el mercado, las instituciones o cualquier combinación de ambos elementos. Una vez detectadas las variables distributivas, la representación formal del sistema económico da transparencia tanto a la estructura como a las tendencias históricas de una economía efectiva. Por añadidura, proporciona además un mecanismo revelador de anomalías, puesto que permite (en principio, al menos) calcular precios sombra que pueden ser encarados y cotejados con los precios efectivos.

Naturalmente, el sencillo ejemplo numérico aquí presentado sólo tiene una función pedagógica, y no pretende más que ofrecer una vía primaria e intuitiva para aproximarse a los modelos de Nell.

[...]

## **[Armazones, emparrados y esqueletos]**

Las doctrinas tienen una larga vida en aquellas disciplinas en las que no se ha llegado a un acuerdo sobre los procedimientos para descartar errores y vías muertas. Por suerte o por desgracia en las ciencias sociales las modalidades de verificación o refutación son escasas, indirectas y poco concluyentes. Es generalmente imposible realizar experimentos de laboratorio merced a los cuales se eliminen gran cantidad de adherencias y

factores perturbadores. De ahí que los experimentos cruciales brillen por su ausencia. Tampoco los esquemas simplificados de «conjeturas y refutaciones» o la secuencia de “ciencia normal-anomalías-revolución teórica-ciencia normal» describen adecuadamente la evolución de la economía teórica, que opera a la vez como ciencia y como ideología.

Como consecuencia de todo ello es difícil hallar terrenos en los que se pueda dirimir convincentemente la rivalidad. Así que los enfrentamientos entre ambas posturas tienden a desarrollarse en planos sumamente abstractos, y las adhesiones responden tanto a las simpatías viscerales como a la solidez de los argumentos esgrimidos. Por consiguiente no es nada fácil que un debate desemboque en resultados compartidos por los participantes en él.

En este sentido las tendencias hacia el formalismo han jugado, a medias, un papel progresivo, en cuanto ayudan a eliminar inconsistencias y aminoran la retórica; pero también han distorsionado los criterios de convalidación. Parece como si se creyera que hay bastante con la corrección formal para alcanzar relevancia factual. Se ha desarrollado con esta orientación una inmensa cantidad de investigaciones que me atrevo a calificar de “exoeconomía política”; esto es, estudio de sistemas económicos que quizás existen en alguna galaxia ignota. Sin duda se trata de un campo de investigación pintoresco e incluso atractivo; pero uno se queda con la sensación de que acaso sería preferible entender primero los regímenes económicos que nos son más directamente asequibles.

En breve, la elección entre alternativas rivales sólo raramente puede resolverse mediante expedientes sencillos. Esto no es óbice, claro está, para buscar argumentos racionales donde quiera sea posible. Por lo tanto, las consideraciones metodológicas e históricas son tan pertinentes como las objeciones lógicas, aunque éstas gocen de mayor poder resolutorio.

Como muestra de los argumentos lógicos que se han barajado en la disputa señalaremos un resultado importante obtenido por Sraffa, cuya obra fue el principal impulsor del resurgimiento del enfoque clásico-marxista. En 1960, Sraffa (cf. [1966], cap. 3) presentó de forma un tanto arcana un argumento poderoso que refutaba la proposición neoclásica de que la tasa de beneficio «mide» la productividad marginal del «capital». El razonamiento de Sraffa se presenta en forma de experimento mental. Se contempla un sistema económico idealizado en el que imperan las reglas capitalistas de distribución; se coloca a dicho sistema, por hipótesis, en una senda de estado estacionario o reproducción simple. Dicho sistema se compone de mercancías que son producidas por industrias de capital circulante formado por las mismas mercancías.

La economía descrita con estos supuestos puede ser representada mediante un sistema formal cuyas incógnitas son los precios y las variables distributivas (salario y tipo de beneficios). Adoptando como patrón de precios la renta nacional, el sistema posee un grado de libertad; siendo las variables económicamente independientes o bien la proporción de la renta nacional destinada a salarios, o bien el tipo de beneficios. Por consiguiente, para cada nivel de salarios factible (entre 0 y 1, si la unidad de valor es la renta nacional y se adopta una escala de medida tal que el trabajo anual total se iguala a la unidad) existe un tipo de beneficios distinto y el correspondiente vector de precios (en general, variable). El valor de los medios de producción, por lo tanto, no es independiente de la distribución. Este argumento destroza irremediablemente la presunción de que exista una «*cantidad de capital*», como magnitud determinable técnicamente.

La segunda parte del argumento, que Sraffa no expone de forma explícita, consiste en imaginar un gran número de islas con sistemas económicos idénticos, salvo por lo que atañe a la distribución, todos ellos en situación de estado estacionario. La

renta nacional tiene en todas las islas la misma composición. Sin embargo, en cada isla hay un tipo de beneficio diferente. Por consiguiente, el tipo de beneficios no está determinado por la tecnología. En otras palabras, en general las ganancias no corresponden a un pago por contribuciones productivas, sino que constituyen esencialmente la distribución de un excedente de acuerdo con derechos de propiedad y relaciones de clase históricamente determinadas.

Aunque pueda parecer retorcido, el argumento es contundente, y los economistas neoclásicos no han aducido contrarréplicas razonadas. En resumidas cuentas, la crítica sraffiana a la tesis de que el “*capital*” podía representar una magnitud medible con independencia y antes de la determinación de los precios de los productos (Sraffa [1966], p. 25) tuvo efectos demoledores decisivos contra las versiones simplificadas o para uso extremo de la economía marginalista, que operaban sin complejos con «*factores de la producción*» como tierra, trabajo y capital. Y obligó a los teóricos exigentes a refugiarse en el campo del equilibrio general competitivo. La crítica aquí apuntada es menos conocida; pero sus efectos destructivos son también sumamente importantes, porque si bien no denuncia ninguna incoherencia lógica, llama la atención sobre chapucerías semánticas y explicativas que ninguna teoría que se precie puede pasar por alto.

Por otra parte es cierto que las apariencias bizantinas de algunos debates y su lejanía de los hechos elementales a nuestro alcance, pueden ocultar el trasfondo teórico y político en que se sitúan. Frente a la visión armoniosa y optimizadora que destilan los estudios sobre el equilibrio de oferta y demanda, los esquemas reproductivos intentan dar cabida a algunos conflictos sociales y, sobre todo, poner en primer plano que la actividad económica no emerge para producir utilidad a los consumidores soberanos, sino que se desarrolla a partir de necesidades biológicas primarias y secundarias que el entorno, la historia y la sociedad van

modelando y haciendo cada vez más complejas. Como ha dicho Nell, comentando ese extremo:

*En la teoría neoclásica, el valor es determinado «subjetivamente», como resultado de una serie de elecciones hechas bajo la influencia de ciertos motivos implicando el intento de maximizar alguna cantidad, generalmente utilidad o beneficio. Pero en los modelos ricardianos no se necesita nunca hacer ninguna referencia a las elecciones o a los motivos, y los precios se determinan sin que nada sea maximizado. La condición para determinar los valores de cambio de trueque es que el sistema sea exactamente capaz de reproducirse a sí mismo en el próximo período de producción dada la distribución entre el capital y el trabajo del excedente del output sobre las reposiciones necesarias. (Nell [1975], p. 73 ).*

### **3. Maquetas, modelos y teorías**

«El pasado explica el presente y permite saber algo del futuro», decía Pierre Vilar. Se puede objetar que no existe una sola formación social que sea “consecuencia lógica” de la anterior, ni fenómeno alguno dotado de «necesidad histórica». Tales objeciones contienen, no obstante, una elevada dosis de retórica, aunque subrayen con razón que nunca existe determinación absoluta. Pero tampoco ha existido jamás el caos total. Lo que importa, en definitiva, es afrontar el hecho de que contingencia y determinación, o azar y necesidad, pueden ser graduados y dar pie a distintos tipos de legalidad histórica. Descubrir cómo se combinan y materializan es justamente la principal tarea de los historiadores; y los constructos conceptuales idóneos para lograrlo son las maquetas, los modelos y las teorías. Puntualicemos, de pasada, que el azar es un tipo peculiar de determinación y que la probabilidad puede ser concebida como posibilidad cuantificada.

El estudio de cualquier sistema (o subsistema) social en un marco temporal definido y sobre un fondo de circunstancias históricas determinadas conduce a diseñar la *maqueta* de un objeto único e irreplicable. La singularidad de los sistemas sociales reales ha orientado espontáneamente los esfuerzos de los historiadores hacia representaciones estilizadas que respetaran esa singularidad. De ahí la fuerte tendencia idiográfica de los estudios históricos, reforzada además por la conjunción inseparable en el plano real de factores muy diversos cuyo entrelazamiento peculiar caracteriza el devenir histórico: medio ambiente, demografía, estratificación social, economía, política, cultura.

Una buena maqueta intentará presentar una articulación fuerte entre los elementos considerados importantes a fin de conseguir mostrar un sistema coherente. Sin embargo, la capacidad explicativa y predictiva de las maquetas es muy limitada. Más aún, la comparación de maquetas de sistemas diferentes, o de maquetas distintas del mismo sistema, suministra muy poca información si no se dispone de esquemas interpretativos generales. Con otras palabras, las susodichas maquetas sólo pueden ser comparadas fructuosamente unas con otras si se dispone de algún marco referencial: como objetos únicos e irrepetibles son inconmensurables. Por otra parte, en las maquetas no quedan ponderadamente jerarquizados los factores incidentes, aunque su articulación esté bien retratada. Primer resultado a retener: sólo si se dispone de «*modelos*» hay lugar para una sólida historia comparada.

Avancemos algo más. La construcción de maquetas es una tarea importante y esclarecedora, pero se enfrenta con limitaciones notables. Destaquemos también que el historiador requiere una formación enciclopédica para poder evaluar correctamente vínculos y relaciones que gozan de alto grado de autonomía (por ejemplo, las ventas de fincas rústicas realizadas

en un periodo determinado y a precios evidentemente ‘no competitivos’, ¿fueron un buen o mal negocio para el vendedor? ¿Cómo saberlo, si no se dispone de un modelo explicativo del precio de las fincas rústicas?).

En otras palabras, la existencia de modelos parciales o sectoriales facilita la investigación, ya que dota al estudioso de esquemas que pueden ser empalmados –si los supuestos lo permiten– como artefactos prolongadores ahorrando la faena de probar en casos particulares lo que ya está demostrado con generalidad. Así que, como marcos genéricos, los modelos permiten la fácil comparación de casos.

Una ventaja destacada de la modelización radica en que (al acotar estrechamente un problema) permite alcanzar una evaluación prácticamente unánime de su coherencia formal. Un *modelo* utiliza rasgos seleccionados de una realidad virtual para detectar relaciones específicas no contaminadas. La modelización, en este orden de ideas, presenta analogías con la experimentación de laboratorio y es una de las vías principales de la investigación científica en el ámbito de las ciencias sociales.

Ahora bien, una realidad compleja puede ser modelizada de muchas formas. En tal sentido los modelos pueden no ser rivales, aunque sus respectivos supuestos y conclusiones sean contradictorios. El modelo A puede congelar las variables demográficas; el modelo B, el progreso técnico; el modelo C, las relaciones entre las clases sociales; y todos, en general, los factores ‘exógenos’. Así que, supuesta la coherencia, los modelos no son “correctos” o “incorrectos”, sino más bien fértiles o estériles, útiles o inútiles, apropiados o inapropiados respecto a algo, profundos o superficiales. Y siempre son caricaturas. Pero un buen surtido de caricaturas tal vez suministre más información que una instantánea fotográfica, por muy fiel y precisa que esta pueda ser.

Los modelos constituyen, pues, una ayuda inestimable para conseguir buenas maquetas, que consistirán en una combinatoria de modelos junto con condiciones específicas. En tal sentido, los casos posibles son enormemente variados, pues no hay razón alguna para pensar que estas combinaciones sigan reglas sencillas (verbigracia: de cariz aditivo o multiplicativo).

El tercer piso de nuestra escala de construcciones conceptuales está ocupado por las teorías. Por *teoría* se suele entender un sistema de proposiciones unidas por la relación de deductibilidad y referidas a un asunto común del que intentan representar (lográndolo o no) regularidades o leyes objetivas. También los modelos son sistemas hipotético-deductivos que se refieren a partes del mundo natural o social. No es fácil trazar una frontera nítida entre modelos y teorías. A efectos prácticos, consideraremos que los modelos tienen un dominio de referencia más estrecho que las teorías, se presentan como idealizaciones extremas y centran la atención sobre unas pocas relaciones. Los modelos desprecian, pues, las complejidades reales, pero a cambio permiten obtener soluciones exactas y abrir vías hacia la resolución de los problemas más complicados.

Sin duda el grado de abstracción con el que opera una teoría general acarrea que su aplicación mecánica a realidades dispares suministre muy poca luz. Por tanto, o bien la teoría general debe recubrir teorías específicas, o bien debe ser transmutada en modelos. Dado el carácter complejo y singular de los sistemas reales, es muy plausible que las sociedades concretas deban ser pensadas como mezclas en proporciones variables de estructuras teóricas diversas. Si esto es correcto, sería un camino sin salida orientarse hacia la “teoría de un sistema concreto”. La búsqueda de elementos simples y mecanismos generales pone en candelero la especificidad imaginada de cualquier sistema social. Es preciso, empero, advertir contra la supuesta facilidad para detectar estos elementos simples. O para contentarse, sin más, con el manejo de generalizaciones de ‘sentido común’. Ilustremos lo



anterior con una analogía fácil: para determinar las leyes de caída de los cuerpos, hubiese servido de poco la aproximación idiográfica, pues ésta hubiera consistido en estudiar empíricamente la velocidad de caída de las hojas, plumas, piedras, desde alturas y con ventoleras diferentes; todo eso sin duda habría enmascarado en demasía los elementos básicos y esenciales del fenómeno, que sólo fueron detectados tras un largo y complejo proceso de investigación científica.

Aunque esquemáticas, las consideraciones precedentes pueden echar luz sobre las principales modalidades de aprehensión de la realidad. No hace falta resaltar que dichas modalidades son todas ellas perfectamente legítimas. También hay que hacer hincapié en que los tres frentes de avance expuestos no son independientes, sino que tienden a reforzarse mutuamente –cuando todo va bien–, o a corregir y controlar las salidas de madre, cuando se descarrían las investigaciones. Por último, es preciso advertir, aun cuando resulte innecesario para muchos lectores, que la anterior exposición es más el esbozo de un ideal que una descripción simplificada de lo que ocurre realmente.

En cualquier caso conviene subrayar que plano real y plano conceptual son obviamente distintos, con formas de existencia diferentes, y atributos peculiares. Por ejemplo, “verdadero”, “falso”, “indecidible”, son predicables de las *proposiciones*, pero carecen de sentido si se aplican a los *hechos*, los cuales no pueden ser verdaderos o falsos, sino simplemente ser o no ser. A pesar de todo, entre ambos planos tienen que establecerse conexiones, pues los esquemas teóricos no se sostienen en el vacío y las interpretaciones de lo acontecido en el plano real requieren conceptualizaciones adecuadas. No se trata, claro está, de propugnar correspondencias biunívocas, sino de exigir escrutabilidad y contrastabilidad, por indirectas que sean. No se trata tampoco de reivindicar el “*realismo de los supuestos*”, pero sí de denunciar la introducción de categorías contradictorias, como la invención de extraños mundos con máquinas eternas o

producción instantánea, como han propuesto a menudo economistas preocupados aparentemente por el rigor. Pues la producción instantánea contradice leyes biológicas y físicas, y las «máquinas eternas» sólo pueden interpretarse de manera mínimamente satisfactoria como “parcelas agrícolas”, esto es, una especie del género *tierra* que se diferencia netamente del género *capital fijo*.

El establecimiento de cordones umbilicales entre plano teórico y plano real no sólo es exigible por razones de principio metacientíficas, sino también por motivos pragmáticos. Los esquemas teóricos interesantes no son constructos cerrados, sino sistemas hipotéticos cuya utilización debiera de facilitar su permanente revisión y puesta a punto. Desde luego, los axiomas o supuestos de una teoría ocupan en el plano lógico una posición privilegiada, pero en el proceso de la investigación científica pueden operar algunas veces como muros de contención que dificultan el acceso a problemas nuevos. Dada la inmadurez de las ciencias sociales acaso pueda sostenerse con buenas razones que los programas de investigación complejos no se ajustan nada a la pauta de “conjeturas y refutaciones” y, en cambio, podrían abordarse fructíferamente con la pauta de “esquemas y anomalías”. En otras palabras, los esquemas teóricos interesantes no pueden estar blindados de forma que su cotejo con el plano real les deje incólumes pase lo que pase, sino que debieran servir para proveer de interpretaciones “blandas”. Y, sobre todo, para detectar anomalías que obligaran a reformulaciones más precisas o al estudio orientado y detallado de casos particulares.

Esta exposición global y esquemática que acabamos de esbozar reclama, como mínimo, un par de puntualizaciones. Ante todo vale advertir que si bien la economía política académica se arropa con la rimbombante denominación de *Teoría económica* [o, incluso, la expresión aún más vehemente y exagerada, *análisis económico*], lo cierto es que los economistas producen fundamentalmente *modelos*, esto es, representaciones idealizadas

y simplificadas de relaciones económicas interesantes, o supuestas tales. Existen, eso sí, esqueletos teóricos con pretensiones de llegar a ser columnas vertebrales de genuinas teorías. Como obras paradigmáticas de los dos grandes enfoques que hemos presentado al comienzo hay que destacar *Análisis general competitivo* (Arrow & Hahn [1977]) y *Producción de mercancías por medio de mercancías* (Sraffa [1966]), títulos por lo demás bastante significativos del núcleo generador que adoptan como punto de partida. Ahora bien, aunque muchos modelos se hallan asociados a uno u otro enfoque, también existen modelos “libres” que se pueden insertar indistintamente en una u otra base teórica. Los planteamientos keynesianos constituyen el ejemplo más ilustre de protomodelos libres. En fin, por el hecho de que un modelo esté ligado a una u otra base no queda necesariamente descalificado, en caso de que su base de sostén sea rechazada.

La segunda puntualización que deseamos recalcar se refiere a los problemas que entraña la adopción de modelos foráneos cuando no se está atento a su marco de validez. Para mostrar los riesgos de la utilización ingenua de expresiones económicas utilizaremos la *ecuación de Kahn* (destacado discípulo de Keynes), que fue inventada en los años treinta para ridiculizar la interpretación causal de la *ecuación cuantitativa del dinero*, o ecuación de Fisher [esto es:  $M V = P T$ , siendo  $M$  = cantidad de dinero;  $V$  = velocidad de circulación;  $P$  = nivel de precios;  $T$  = volumen de transacciones – o cantidad de bienes cambiados por dinero durante el período].

La fórmula se construye del siguiente modo. Sea  $T$  el número total de mujeres y  $P$  la proporción de mujeres con cabello largo. Las mujeres con cabello largo utilizan horquillas, y las demás no. Sea  $1/V$  el número de horquillas que extravía por día cada mujer con cabello largo. Sea  $M$  la producción diaria de horquillas. Por consiguiente la ecuación de equilibrio correspondiente a estos datos (producción diaria = consumo diario), se escribe

$$M = \frac{1}{V} P T$$

o bien:

$$M V = P T$$

Supóngase ahora que el papa de Roma considera que cabello corto y permanente constituyen un atentado contra las buenas costumbres. A fin de aumentar la proporción de mujeres con cabello largo acude a un estudiante de economía para que le aconseje la mejor forma de proceder. El estudiante de economía establece la fórmula de Kahn y se la expone al Papa. «*Podemos aumentar  $M$  (la producción diaria de horquillas) mediante un subsidio a los fabricantes, y entonces aumentará el número de mujeres con cabello largo.*» La propuesta no parece convencer al Papa. «*Naturalmente –añade el estudiante–, otra posibilidad es promover una campaña a fin de que las mujeres con cabello largo no sean tan descuidadas; entonces aumentaría  $V$  y se produciría un efecto equivalente al de un aumento en la producción de horquillas*”

Lo que esta bonita fábula (relatada por Joan Robinson en varias ocasiones) subraya y demuestra es que las tautologías no tienen por sí solas ninguna capacidad explicativa, y que de las igualdades matemáticas no se derivan relaciones causales salvo si se añaden estipulaciones apropiadas.

## Referencias bibliográficas

(Se indican las traducciones castellanas, si existen)

Arrow, K., y F. Hahn: *Análisis general competitivo*, FCE, México, 1977.

Baumol, W. y W. Oates: *La teoría de la política económica del medio ambiente*, Bosch, Barcelona, 1982.

Debreu, G.: *Teoría del valor*. Bosch, Barcelona, 1973.

- Dobb, M.: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, México, 1971.
- Kalecki; M., “Theories of growth in different social systems”, en *Scientia*, mayo-junio 1970, pp. 311-316.
- Morishima, M.: *Teoría económica de la sociedad moderna*, Bosch, Barcelona, 1981.
- Nell, E. J.: *Demanda efectiva, precios y salarios*, Trillas, México, 1983.
- Nell, E. J.: “Teorías del crecimiento y teorías del valor”, en *Información Comercial Española*, n. 506 (1975), pp. 71-7.
- Nell, E. J.: “Relaciones económicas en el declive del feudalismo”, incluido en *Historia y Teoría económica*. Crítica, Barcelona, 1984.
- Pizano, P., ed. *Algunos creadores del pensamiento económico contemporáneo*, FCE, México, 1980.
- Ricardo, D.: *Obras y correspondencia*, ed. P. Sraffa.: FCE, México, 1959.
- Robinson, J., “La teoría del dinero y el análisis del output”, en *Economía de mercado versus economía planificada*, Martínez Roca, Barcelona, 1973, pp. 73-79.
- Sraffa, P.: *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Oikos, Vilasar, 1966; ed. original inglesa de 1960.
- Sweezy, P. y otros, *La transición de feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977.
- Vilar; P., *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Crítica, 1980.
- Wallerstein, I.: *El moderno sistema mundial*. Madrid, Siglo XXI, 1979.

[PS 2021. El capítulo anterior reproduce sin cambios las consideraciones generales expuestas en la “Introducción” que redactamos como encabezamiento de la selección de trabajos de E. J. Nell llevada a cabo por Lluís Argemí y publicada por Crítica en 1984. Pero hemos eliminado la sección que pasaba revista a los artículos de dicho autor. Esos trabajos en cuestión eran: 1) “Relaciones económicas en el declive del feudalismo”; 2)

“Circulación del crédito e intercambio en la transformación de la sociedad agraria”; 3) “Población, revolución de los precios y acumulación primitiva”; y 4) “Presión demográfica y métodos de cultivo (Crítica a tesis de E. Boserup)”]